Así concluyó esta guerra, que la opinión de las naciones no ha vacilado en calificar de inicua e inmoral por parte de sus promovedores. Los filibusteros no contaban ya con elementos para resistir por más tiempo. Faltos de municiones, desalentados por el cansancio, las heridas y el hambre, su entrega era inevitable. Habían visto perecer a centenares de sus compañeros, sacrificados unos a las eventualidades de una dura campaña, y otros al rigor del dardo enerbolado de las epidemias, y todos por cierto a la monomanía de ese visionario de dominación y conquistas, que no deja en recompensa a sus ilusos secuaces más que tristes realidades. Se calcula en más de 10,000 los aventureros que durante esa guerra invadieron a Nicaragua.

La Muerte de Walker [1]

(Traducido del inglés)

Walker se encontró prisionero en el mismo fuerte que abandonara quince días antes. El cuarto que había convertido en almacén de guerra era ahora su calabozo. Allí estuvo durante seis días. Tan pronto como fué encarcelado hizo llamar a un sacerdote y le dijo que deseaba prepararse para morir. Manifestó un afecto, insólito en él, por sus compañeros, pidiendo que no les hiciesen daño; declaró que ellos nada sabían de su súbita resolución de llegar a Nicaragua por la vía de Trujillo y que él era el único culpable (2). El 11 de septiembre (3) le dijeron que debía morir a la mañana siguiente, noticia que recibió sin dar señales de emoción. A las ocho de la mañana del día señalado, un destacamento de soldados lo escoltó desde la cárcel hasta el lugar de la ejecución. Acompañado por dos clérigos marchó erguido y resuelto, absorto al parecer en profunda devoción religiosa. Parecía estar enteramente entregado a los consuelos que le daban los dos sacerdotes. Un gran gentío seguía la procesión y a lo largo de la calle asomaban caras en todas las puertas y ventanas. Entre las gentes del país parecía reinar gran júbilo por cuanto el terrible Walker ya pronto iba a dejar de existir. En las ruinas de un antiguo cuartel, situado a eso de un cuarto de milla de la ciudad, hizo alto la procesión. Pusieron a Walker en el ángulo de una pared derruída y a la tropa la colocaron en los tres costados de un cuadro, formando la pared el cuarto. Los sacerdotes, después de administrar a Walker los últimos sacramentos de la Iglesia, se apartaron, a la vez que un pelotón de soldados avanzó, disparando a la voz de mando. Un segundo pelotón hizo una descarga

---

(1) William O. Scroggs, **Filibusters and Financiers,** págs. 390-397.

(2) Esto es lo que refiere Joaquín Miller, el cual supo la historia de las últimas horas de Walker de boca del sacerdote que lo acompañó hasta su muerte. Véase **Sunset Magazine,** XVI, 564. **N. del A.**

(3) 11 de septiembre de 1860.

sobre el cuerpo caído, y un soldado, adelantándose solo y poniendo el cañón del fusil cerca de la cabeza, disparó mutilando la cara ya sin vida. La tropa se formó entonces en columna y se marchó dejando el cuerpo allí donde había caído. Los clérigos y varios americanos se procuraron un ataúd y dieron a los restos mortales cristiana sepultura (4). Algún tiempo después se intentó exhumar el cadáver para sepultarlo en Tennessee, pero las autoridades hondureñas no lo permitieron (5). En el equipaje de Walker se encontró el gran sello de Nicaragua, que le fué devuelto al Presidente Martínez junto con la espada que aquél le había entregado a Salmon al rendirse. Esta espada se le obsequió a la ciudad de Granada para que la conservase como emblema de la destrucción del que había sido su destructor (6).

Walker había dejado de existir. La pena que éste había decretado de modo tan despiadado contra Mayorga, Corral y Salazar, le fué aplicada a él y nadie puede decir que no la mereciera; porque su ataque a la inofensiva guarnición y a la ciudad de Trujillo era totalmente indefendible. Pero nadie puede aprobar tampoco los medios por los cuales se le dió muerte. El acto de Salmon, al aceptar la rendición de Walker a un oficial británico, entregándolo después a la tierna merced de los hondureños, no fué nada menos que una felonía de la más baja especie, enteramente incompatible con el sentimiento del honor que ha caracterizado siempre a los oficiales de la armada británica. Si el caudillo filibustero hubiera sabido cuáles eran las verdaderas intenciones de Salmon, habría peleado indudablemente hasta el último extremo, muriendo como un soldado antes que como un criminal. Aun admitiendo que Walker no valiese más que un pirata, Salmon le había dado su palabra de militar y manchó sus charreteras al faltar a esta palabra.

---

(4) De la ejecución de Walker existen diferentes versiones. Ninguna es plausible, salvo la que aquí se da. Conforme a una de ellas, Walker pronunció una arenga diciendo que moría en la fe católica romana; que había obrado mal al hacer la guerra a los hondureños y deseaba que éstos le perdonasen; que sus compañeros no eran culpables y que estaba pronto a morir **(Harper's Weekly,** IV, 647). Según otra, habló en sepañol (Jamison, **With Walker in Nicaragua).** De acuerdo con una tercera, un clérigo habló en su nombre; pero el hecho es que no dirigió la palabra a nadie, excepto a los sacerdotes que le asistían. Todo el relato de la última expedición de Walker hecho por Jamison es erróneo y engañoso, como escrito por un sobreviviente cincuenta años después de los acontecimientos. La versión adoptada por el autor es la que dieron dos de los oficiales de Walker, Dolan y West (el **Herald** de Nueva York del 4 de octubre de 1860), inmediatamente después de su regreso a los Estados Unidos y cuando los sucesos estaban todavía frescos en su memoria. Además, esta versión la confirman otros dos testimonios contemporáneos: el de William S. Elton, uno de los ingenieros del Ferrocarril de Panamá que a la sazón estaba en Trujillo y asegura haber presenciado la ejecución, y el de un filibustero desertor llamado Scheffe. Ambos dieron informes muy concordantes con los de Dolan y West. Véase el **Delta** de Nueva Orleans del 5 de octubre de 1860. **N. del A.**

(5) **American History Magazine,** III, 249. **N. del A.**

(6) Pérez, **Memorias,** Segunda Parte, 216. **N. del A.**

Por extraña coincidencia, el mismo día de la muerte de Walker su amigo Edmund Randolph, al pronunciar un discurso para celebrar el décimo aniversario de la admisión de California en la Unión americana, hizo una referencia a Walker casi profética: "No podéis decir hoy qué árbol de pino canta el réquiem del explorador. Algunos han caído a la sombra de la bandera de su patria, y anhelos no satisfechos han llevado a otros a renovar su carrera de aventuras en tierras exóticas. Peleando por extranjeros cuyas querellas habían hecho suyas, cayeron en la maleza de los trópicos, abonando el suelo con su honorable y preciosa sangre, o atados y degollados sobre la arena de un desierto maldito, por hombres inhumanos que los engañaron con promesos y les pagaron su venida con el más cruel de los asesinatos" (7).

Fué una ironía del destino que el Presidente Mora, alma de la resistencia nacional contra el filibusterismo americano, pereciese en el mismo mes y del mismo modo que Walker. Había sido reelecto Presidente de Costa Rica en mayo de 1859; pero un complot de la facción descontenta lo derrocó del poder en el mes de agosto, desterrándolo del país. Se vino a los Estados Unidos y más tarde se estableció en una plantación de café en San Salvador. Algunos de sus anteriores partidarios y otros desafectos al gobierno existente, lo instaron para que volviera y recuperase el poder. En septiembre (8) desembarcó en Puntarenas, reuniendo trescientos o cuatrocientos hombres, pero fué atacado antes de emprender la marcha sobre la capital. Sus partidarios huyeron en el acto y él se rindió. Juzgado a tambor batiente por un consejo de guerra el 30 de septiembre, fué condenado a morir dentro de tres horas. Dos días después fué condenado a la misma pena su cuñado el general Cañas (9).

Todos los compañeros de Walker, excepto Rudler, quedaron bajo la custodia de los británicos; once fueron enviados a los Estados Unidos, por vía de La Habana, y a cincuenta y siete de ellos los llevó directamente a Nueva Orleáns el *Gladiator* de Su Majestad Británica (10). Rudler fué sentenciado a muerte, pero por intervención de Salmon la pena le fué conmutada en cuatro años de presidio. Más tarde mediaron algunos de sus amigos de los Estados Unidos y obtuvieron su perdón (11). Después de haber salido Walker de los Estados Unidos partieron en su seguimiento dos refuerzos. El primero, que se componía de treinta y cinco hombres, salió de Nueva Orleáns el 31 de agosto, y el segundo, algo más numeroso, dos semanas más tarde. Este último se cruzó con el vapor correo que traía la noticia de la captura de Walker; pero no se comunicó con el vapor y no supo lo ocurrido hasta llegar a Roatán. Lo único que podían hacer estos expedicionarios era regresar a Nueva Orleáns.

---

(7) El último párrafo se refiere a Crabb. Shuck, **Representative Men of The Pacific,** 597. **N. del A.**

(8) Septiembre de 1860.

(9) Bancroft, **Central America,** III, 372-5; **Harper's Weekly,** IV, 679. **N. del A.**

(10) El **Times** de Londres del 12 de octubre de 1860; el **Herald** de Nueva York del 4 de octubre de 1860. **N. del A.**

(11) Jamison, **With Walker in Nicaragua,** 176. **N. del A.**



La noticia de la muerte de Walker fué recibida en los Estados Unidos poco menos que con indiferencia. Sus repetidos fracasos habían hecho que muchísimos de los que alguna vez le habían deseado buen éxito, juzgasen sus ulteriores empresas con severa desaprobación. Hasta en Nashville, su ciudad natal, donde personalmente gozaba del mayor respeto como hombre educado y de una vida privada irreprochable, sus conciudadanos opinaban que debería haber empleado su talento en algo de más provecho. El periódico de la ciudad, al comentar su fallecimiento, decía: "En este país hay miles de personas que recibirán la noticia de su muerte con pesar, como la de un hombre que poseía cualidades y aptitudes que lo hacían acreedor a una mejor suerte. En toda su carrera dió pruebas de un valor sereno y de una tenacidad inquebrantable en los más desalentadores reveses, que le habrían valido una alta posición si los hubiese empleado con acatamiento a la ley y en armonía con el bien público" (12). En Nueva Orleáns también, donde tenía millares de simpatizadores, sus repetidos fracasos quebrantaron la fe de los que antes habían creído en su buena esrtella, y un periódico que hasta entonces le había sido favorable, dijo que "la loca e inexcusable empresa del gran filibustero ha terminado en desastre y derrota. Otra partida de jóvenes americanos valientes, pero de impulsiva temeridad, habrán corrido ya muy probablemente la misma suerte que sus predecesores en Centro América" (13). Con estos juicios emitidos sobre Walker allí donde era mejor conocido en el Sur, resulta interesante comparar las críticas de los periódicos de Nueva York, ciudad en la que más se le conocía en el Norte. Citaremos el *Times:* "Cualesquiera que sean las cosas duras que se hayan dicho del general Walker—y no dudamos que muchas de ellas no habrían sido dichas si hubiese tenido mejor suerte—, éste no era, por lo menos, un aventurero vulgar, ni por su cuna, ni por sus costumbres, ni por su educación, ni por los honrados propósitos con que emprendió el camino de la vida. Su familia no tenía tacha, su conducta privada y su temperancia eran indiscutibles, su saber profundo y sus designios originales, si bien posteriormente extraviados por una ambición desenfrenada, le permitían tener buen éxito, a la vez que le valieron la estima de numerosos amigos. Aun aquellos que le niegan toda pericia militar o sagacidad política como caudillo, tributan los mayores elogios a su fuerza moral y personal integridad, porque sin éstas su primera fracaso como aventurero habría sido inevitablemente el último". Otro periódico de Nueva York atribuyó el desenlace a la circunstancia de no haber logrado Walker que le apoyasen los ciudadanos ricos y de influencia. En vez de procurar hacerse de amigos, tan sólo manifestó una ciega y necia confianza en su buena estrella. Con todo eso, este periódico afirmaba que "si William Walker hubiera sido inglés o francés, nunca habría llegado a ser un "filibustero", sino que hubiese encontrado amplio campo en donde ejercer sus extraordinarias cualidades en el servicio legítimo de su patria". Com-

---

(12) Del **Republican Banner** de Nashville, del 30 de septiembre de 1860. **N. del A.**

(13) Del **Comercial Bulletin** de Nueva Orleáns, citado por el **Republican Banner** de Nashville, 16 de septiembre de 1860. **N. del A.**

paraba la excomunión lanzada por el Gobierno contra las empresas de Walker, a la actitud asumida por la Iglesia de Inglaterra respecto de Knox, Whitefield y Wesley (14).

En su mensaje anual al Congreso, en diciembre de 1860, el Presidente Buchanan estuvo a punto de felicitar a la nación por la muerte de Walker. Dijo: "Yo os congratulo por el sentimiento público que ahora reina contra el crimen de organizar expediciones militares dentro de las fronteras de los Estados Unidos, para ir a hacer la guerra a pueblos de Estados inocentes con los cuales estamos en paz. A este respecto ha ocurrido un cambio feliz desde el principio de mi administración; y no cabe duda de que todo cristiano y patriota debería elevar una plegaria para que semejantes expediciones no vuelvan a encontrar apoyo, o a salir de nuestras playas" (15). Sin embargo Henningsen expresó un sentimiento totalmente distinto en una larga carta escrita para vindicar a su difunto jefe, en la que decía: "Lejos de haber sido sepultado el filibusterismo en la tumba de Walker, se puede predecir con certeza que de cada gota de sangre que manó de las mortales heridas dadas, según estamos informados, "en medio de las aclamaciones de los naturales del país" a quienes Walker fué entregado maniatado por la infamia de Norvell Salmon, brotará otro ardiente filibustero" (16). Pero Henningsen se equivocaba: su difunto jefe era el último, así como el más grande de los filibusteros americanos. Las excesivas energías de la joven nación, causa fundamental de aquellas empresas, pronto iban a encontrar otra válvula de escape en cuatro años de terrible guerra civil; y el resultado de esta lucha iba a eliminar otra causa, aunque sólo inmediata, del filibusterismo: la esclavitud africana.

Desde antes de la muerte de Walker habían desaparecido todas las perspectivas de una Centro América regenerada. Un país que durante veinte años había sido devastado por las guerras civiles y cuya población heterogénea había demostrado su incompetencia para gobernarse a sí misma o impedir su disolución política, necesitaba ciertamente de la introducción de un elemento nuevo para poner las cosas en orden. Los inmigrantes que llegaron a Nicaragua pertenecían a una raza intrépida de exploradores laboriosos, que habían conquistado el desierto occidental y desarrollado en la mitad de una década, en la lejana California, una civilización superior a la de las dos terceras partes de Europa. Por consiguiente, a Walker se le presentaba una espléndida oportunidad. Aun cuando no tuvo nunca el apoyo del Gobierno de los Estados Unidos, muchos de los más prominentes caudillos políticos y los principales capitanes de la industria americana se interesaron en su favor. Sin embargo, a pesar de todo esto fracasó. No era lo bastante grande para la empresa. En el espacio de seis meses levantó contra él todas las fuerzas que debieron haber estado a su lado. Las cualidades que hacían su fuerza resultaron elementos de debilidad. Dominado por sus ensueños, en vez de que éstos lo fuesen por él; poseído de una fe ciega en su buena estrella;

---

(14) **Harper's Weekly**, I, 200, 332. **N. del A.**

(15) **Mensajes y Documentos de los Presidentes,** V. 649. **N. del A.**

(16) Del **Republican Banner** de Nashville, 10 de octubre de 1860. **N. del A.**

incapaz de oír los consejos o las insinuaciones de otros (excepto cuando provenían de hombres mucho más fuertes, que aspiraban a sacar por su mano las castañas del fuego); lastimosamente ignorante de la humana naturaleza; apresurando codicioso el momento de adueñarse del poder supremo; incapaz de conciliarse la oposición, pero venciendo la resistencia por medio del terror; faltándole por completo el tacto y la diplomacia, su ruina estaba escrita. Con menos dotes intelectuales, pero un conocimiento más vasto de la humana naturaleza y mayor suma de sentido común, hubiera podido poner fin a la anarquía y fundar un imperio tropical sobre las ruinas de infortunados ensayos de democracia. Que su éxito habría resultado en beneficio de la civilización, pocos serán quizás lo bastante temerarios para negarlo, al ver las condiciones en que se encuentra la América Central.

Tal y como fué, su empresa, en razón de su fracaso, tan sólo produjo males a todos los interesados. Perjudicó el capital privado en los Estados Unidos; causó una enorme destrucción de vidas y propiedades en Nicaragua; creó en Centro América contra el pueblo americano una desconfianza que aun persiste; tuvo un efecto deplorable en las relaciones entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos, y, por último, siendo esto lo más importante de todo al parecer, destruyó la comunicación interoceánica por el río de San Juan, retardando así indefinidamente esa "regeneración" de Nicaragua que Walker siempre declaró ser el anhelo de su corazón.

Del General en Jefe a los pueblos de Costa Rica.—Año de 1842 (1).

Habéis, costarricenses, luchado como dignos héroes por arrancar de las garras de un opresor infame los más sagrados derechos que se os usurparan. Vuestro esforzado valor hizo caer desde lo alto al vil caudillo que ya ejecutaba la destrucción y la muerte. El había decretado confiscaciones en vuestros bienes, proscripciones a vuestros hijos y esposas y fusilaciones contra vosotros mismos. Tales eran los sentimientos que alimentaban su ingrato corazón. Errantes por los bosques andabais para salvar la vida, cuando vuestras familias eran conducidas a una inaudita prisión y vuestros bienes ocupados para cebar más la ambición del usurpador. Cesaron ya las víctimas inmoladas a los furores; cesaron las confiscaciones y el Estado comienza a respirar el dulce ambiente de su perdida libertad. ¡Loor eterno a los valientes soldados que dirigidos por una mano oculta (2) car-

(1) Archivos Nacionales. S. G. Nº 51, f. 19.

(2) Como es bien sabido, don Antonio Pinto asumió abiertamente la jefatura de la revuelta contra Morazán; por consiguiente la "mano oculta" a que alude aquí no puede ser en buena lógica la suya. ¿Se referirá al hombre que sublevó a los doscientos soldados josefinos acuartelados en el cabildo y que trataron de apoderarse de Los Almacenes en la mañana del 11 de septiembre?